

Cuentos en verso para niños perversos

autor Roald Dahl
04 / 2004

Escritor nacido en Gales el 13 de Septiembre de 1916, murió en Inglaterra el 23 de Noviembre de 1990. Al dejar el colegio, consiguió un empleo en la compañía Shell, porque estaba seguro que lo enviarían al exterior. Y así fue. Fue enviado a África donde encontró las aventuras que deseaba: calor, cocodrilos, víboras y safaris. Vivió en la jungla y sufrió malaria. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial viajó a Nairobi y se unió a la Real Fuerza Aérea. Fue piloto de guerra; derribaba aviones alemanes y él también fue derribado. Luego de 6 meses en el hospital, volvió a volar. En 1942 fue a Washington donde comenzó a escribir sus cuentos. En 1943 publicó su primer libro infantil con Walt Disney, Los grendelines, y en 1945 apareció su primer libro de historias cortas en Estados Unidos. Sus libros están hechos de fantasía y sobre todo de mucha imaginación. Siempre son un poquito crueles, pero siempre con humor, una mezcla entre lo cómico y lo grotesco. Recibió numerosos premios, como el "Edgar Allan Poe Award".

Presentamos en esta edición 3 cuentos del libro "Cuentos en verso para niños perversos" (Revolting rhymes).

LA CENICIENTA

"¡Si ya nos la sabemos de memoria!",
diréis. Y, sin embargo, de esta historia
tenéis una versión falsificada,
rosada, tonta, cursi, azucarada,
que alguien con la mollera un poco rancia
consideró mejor para la infancia...

El ío se organiza en el momento
en que las Hermanastras de este cuento
se marchan a Palacio y la pequeña
se queda en la bodega a partir leña.
Allí, entre los ratones llora y grita,
golpea la pared, se desgañita:
"¡Quiero salir de aquí! ¡Malditas brujas!
¡¡Os arrancaré el moño por granujas!!".
Y así hasta que por fin asoma el Hada
por el encierro en el que está su ahijada.
"¿Qué puedo hacer por ti, Ceney querida?
¿Por qué gritas así? ¿Tan mala vida
te dan esas lechuzas?". "¡Frita estoy
porque ellas van al baile y yo no voy!".
La chica patatea furibunda:
"¡Pues yo también iré a esa fiesta inmunda!
¡Quiero un traje de noche, un paje, un coche,
zapatos de charol, sortija, broche,
pendientes de coral, pantys de seda
y aromas de París para que pueda
enamorar al Príncipe en seguida
con mi belleza fina y distinguida!".
Y dicho y hecho, al punto Cenicienta,
en menos tiempo del que aquí se cuenta,
se personó en Palacio, en plena disco,
dejando a sus rivales hechas cisco.

Con Ceney bailó el Príncipe rocks miles
tomándola en sus brazos varoniles
y ella se le abrazó con tal vigor
que allí perdió su Alteza su valor,
y mientras la miró no fue posible
que le dijera cosa inteligible.
Al dar las doce Ceney pensó: "Nena,
como no corras la hemos hecho buena",

y el Príncipe gritó: "¡No me abandones!",
 mientras se le agarraba a los riñones,
 y ella tirando y él hecho un pelmazo
 hasta que el traje se hizo mil pedazos.
 La pobre se escapó medio en camisa,
 pero perdió un zapato con la prisa.
 el Príncipe, embobado, lo tomó
 y ante la Corte entera declaró:
 "¡La dueña del pie que entre en el zapato
 será mi dulce esposa, o yo me mato!".
 Después, como era un poco despistado,
 dejó en una bandeja el chanclo amado.
 Una Hermanastra dijo: "¡Ésta es la mía!",
 y, en vista de que nadie la veía,
 pescó el zapato, lo tiró al retrete
 y lo escamoteó en un periquete.
 En su lugar, disimuladamente,
 dejó su zapatilla maloliente.

En cuanto salió el Sol, salió su Alteza
 por la ciudad con toda ligereza
 en busca de la dueña de la prenda.
 De casa en casa fue, de tienda en tienda,
 e hicieron cola muchas damiselas
 sin resultado. Aquella vil chinela,
 incómoda, pestífera y chotuna,
 no le sentaba bien a dama alguna.
 Así hasta que fue el turno de la casa
 de Cenicienta... "¡Pasa, Alteza, pasa!",
 dijeron las perversas Hermanastras
 y, tras guiñar un ojo a la Madrastra,
 se puso la de más cara de cerdo
 su propia zapatilla en el pie izquierdo.
 El Príncipe dio un grito, horrorizado,
 pero ella gritó más: "¡Ha entrado! ¡Ha entrado!
 ¡Seré tu dulce esposa!". "¡Un cuerno frito!".
 "¡Has dado tu palabra. Principito,
 precioso mío!". "¿Sí? -rugió su Alteza.
 --¡Ordeno que le corten la cabeza!".
 Se la cortaron de un único tajo
 y el Príncipe se dijo: "Buen trabajo.
 Así no está tan fea". De inmediato
 gritó la otra Hermanastra: "¡Mi zapato!
 ¡Dejad que me lo pruebe!". "¡Prueba esto!",
 bramó su Alteza Real con muy mal gesto
 y, echando mano de su real espada,
 la descocó de una estocada;
 cayó la cabezota en la moqueta,
 dio un par de botes y se quedó
 quieta...

En la cocina Cenicienta estaba
 quitándoles las vainas a unas habas
 cuando escuchó los botes, -pam, pam, pam-
 del coco de su hermana en el zaguán,
 así que se asomó desde la puerta
 y preguntó: "¿Tan pronto y ya despierta?".
 El Príncipe dio un salto: "¡Otro melón!",
 y a Ceny le dio un vuelco el corazón.
 "¡Caray! -pensó-. ¡Qué bárbara es su alteza!
 con ese yo me juego la cabeza...
 ¡Pero si está completamente loco!".
 Y cuando gritó el Príncipe: "¡Ese coco!
 ¡Cortádselo ahora mismo!", en la cocina
 brilló la vara del Hada Madrina.

"¡Pídeme lo que quieras, Cenicienta, que tus deseos corren de mi cuenta!".
"¡Hada Madrina, -suplicó la ahijada-, no quiero ya ni príncipes ni nada que pueda parecérseles! Ya he sido Princesa por un día. Ahora te pido quizá algo más difícil e infrecuente: un compañero honrado y buena gente. ¿Podrás encontrar uno para mí, Madrina amada? Yo lo quiero así...".

Y en menos tiempo del que aquí se cuenta se descubrió de pronto Cenicienta a salvo de su Príncipe y casada con un señor que hacía mermelada. Y, como fueron ambos muy felices, nos dieron con el tarro en las narices.

CAPERUCITA ROJA Y EL LOBO

Estando una mañana haciendo el bobo le entró un hambre espantosa al Señor Lobo, así que, para echarse algo a la muela, se fue corriendo a casa de la Abuela.
"¿Puedo pasar, Señora?", preguntó.
La pobre anciana, al verlo, se asustó pensando: "¡Este me come de un bocado!".
Y, claro, no se había equivocado: se convirtió la Abuela en alimento en menos tiempo del que aquí te cuento. Lo malo es que era flaca y tan huesuda que al Lobo no le fue de gran ayuda: "Sigo teniendo un hambre aterradora... ¡Tendré que merendarme otra señora!".
Y, al no encontrar ninguna en la nevera, gruñó con impaciencia aquella fiera: "¡Esperaré sentado hasta que vuelva Caperucita Roja de la Selva!"
-que así llamaba al Bosque la alimaña, creyéndose en Brasil y no en España-.
Y porque no se viera su fiereza, se disfrazó de abuela con presteza, se dio laca en las uñas y en el pelo, se puso la gran falda gris de vuelo, zapatos, sombrerito, una chaqueta y se sentó en espera de la nieta.
Llegó por fin Caperu a mediodía y dijo: "¿Cómo estás, abuela mía? Por cierto, ¡me impresionan tus orejas!".
"Para mejor oírte, que las viejas somos un poco sordas". "¡Abuelita, qué ojos tan grandes tienes!". "Claro, hijita, son las lentillas nuevas que me ha puesto para que pueda verte Don Ernesto el oculista", dijo el animal mirándola con gesto angelical mientras se le ocurría que la chica iba a saberle mil veces más rica que el rancho precedente. De repente Caperucita dijo: "¡Qué imponente abrigo de piel llevas este invierno!".
El Lobo, estupefacto, dijo: "¡Un cuerno!

O no sabes el cuento o tú me mientes:
 ¡Ahora te toca hablarme de mis dientes!
 ¿Me estás tomando el pelo...? Oye, mocosa,
 te comeré ahora mismo y a otra cosa".
 Pero ella se sentó en un canapé
 y se sacó un revólver del corsé,
 con calma apuntó bien a la cabeza
 y -¡pam!- allí cayó la buena pieza.

Al poco tiempo vi a Caperucita
 cruzando por el Bosque... ¡Pobrecita!
 ¿Sabéis lo que llevaba la infeliz?
 Pues nada menos que un sobrepelliz
 que a mí me pareció de piel de un lobo
 que estuvo una mañana haciendo el bobo.

LOS TRES CERDITOS

El animal mejor que yo recuerdo
 es, con mucho y sin duda alguna, el cerdo.
 El cerdo es bestia lista, es bestia amable,
 es bestia noble, hermosa y agradable.
 Mas, como en toda regla hay excepción,
 también hay algún cerdo tontorrón.
 Dígame usted si no: ¿qué pensaría
 si, paseando por el Bosque un día,
 topara con un cerdo que trabaja
 haciéndose una gran casa... de paja?
 El Lobo, que esto vio, pensó: "Ese idiota
 debe estar fatal de la pelota..
 "¡Cerdito, por favor, déjame entrar!".
 "¡Ay no, que eres el Lobo, eso ni hablar!".
 "¡Pues soplaré con más fuerza que el viento
 y aplastaré tu casa en un momento!".
 Y por más que rezó la criatura
 el lobo destruyó su arquitectura.
 "¡Qué afortunado soy! -pensó el bribón-.
 ¡Veo la vida de color jamón!".
 Porque de aquel cerdito, al fin y al cabo,
 ni se salvó el hogar ni quedó el rabo.

El Lobo siguió dando su paseo,
 pero un rato después gritó: "¿Qué veo?
 ¡Otro lechón adicto al bricolaje
 haciéndose una casa... de ramaje!
 ¡Cerdito, por favor, déjame entrar!".
 "¡Ay no, que eres el Lobo, eso ni hablar!".
 "¡Pues soplaré con más fuerza que el viento
 y aplastaré tu casa en un momento!".
 Farfulló el Lobo: "¡Ya verás, lechón!",
 y se lanzó a soplar como un tifón.
 El cerdo gritó: "¡No hace tanto rato
 que te has desayunado! Hagamos un trato...".
 El Lobo dijo: "¡Harás lo que yo diga!".
 Y pronto estuvo el cerdo en su barriga.
 "No ha sido mal almuerzo el que hemos hecho,
 pero aún no estoy del todo satisfecho
 -se dijo el Lobo-. No me importaría
 comerme otro cochino a mediodía".
 De modo que, con paso subrepticio,
 la fiera se acercó hasta otro edificio
 en cuyo comedor otro marrano

trataba de ocultarse del villano.
La diferencia estaba en que el tercero,
de los tres era el menos majadero
y que, por si las moscas, el muy pillo
se había hecho la casa... ¡de ladrillo!
"¡Conmigo no podrás!", exclamó el cerdo.
"¡Tú debes de pensar que yo soy lerdo!
-le dijo el Lobo-. ¡No habrá quien impida
que tumbe de un soplido tu guarida!".
"Nunca podrá soplar lo suficiente
para arruinar mansión tan resistente",
le contestó el cochino con razón,
pues resistió la casa el ventarrón.
"Si no la puedo hacer volar soplando,
la volaré con pólvora... y andando",
dijo la bestia, y el lechón sagaz
que aquello oyó, chilló: "¡Serás capaz!"
y, lleno de zozobra y de congoja,
un número marcó: "¿Familia Roja?".
"¡Aló! ¿Quién llama? -le contestó ella-.
¡Guarrete! ¿Cómo estás? Yo aquí, tan bella
como acostumbro, ¿y tú?". "Caperu, escucha.
Ven aquí en cuanto salgas de la ducha".
"¿Qué pasa?", preguntó Caperucita.
"Que el Lobo quiere darme dinamita,
y como tú de Lobos sabes mucho,
quizá puedas dejarle sin cartuchos".
"¡Querido marranín, porquete guapo!
Estaba proyectando irme de trapos,
así que, aunque me da cierta pereza,
iré en cuanto me seque la cabeza".

Poco después Caperu atravesaba
el Bosque de este cuento. El Lobo estaba
en medio del camino, con los dientes
brillando cual puñales relucientes,
los ojos como brasas encendidas,
todo él lleno de impulsos homicidas.
Pero Caperucita, -ahora de pie-
volvió a sacarse el arma del corsé
y alcanzó al Lobo en punto tan vital
que la lesión le resultó fatal.
El cerdo, que observaba ojo avizor,
gritó: "¡Caperucita es la mejor!".

¡Ay, puerco ingenuo! Tu pecado fue
fiarte de la chica del corsé.
Porque Caperu luce últimamente
no sólo dos pellizas imponentes
de Lobo, sino un maletín de mano
hecho con la mejor... ¡piel de marrano!